Globethics Repository



Otro desarrollo, otra vida [Another development, another life]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Espinoza, Juan G.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-09 19:10:31
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220936

Nueva Sociedad Nro.98 Noviembre- diciembre 1988, pp. 72-80

Otro desarrollo, otra vida. ¿ Fin de la civilización del egoísmo ?

Espinoza, Juan G.

Juan Guillermo Espinoza: Economista chileno, consultor de diversos organismos internacionales.

El fin de la «civilización del egoísmo» o de la «civilización de los objetos» parece insinuarse a través de distintos signos, como la evaporación de los grandes dogmas económicos: neoliberalismo, marxismo, keynesianismo, y la búsqueda de nuevas estructuras de producción y de vida. Una forma alternativa de desarrollo, centrada en la satisfacción de necesidades humanas no consideradas «básicas» hasta ahora, parece abrirse paso. Se hace imprescindible la implantación de un nivel creciente de participación para tomar decisiones sobre la originización de la sociedad nacional, del medio local o del ambiente de trabajo. No perseguir el éxito, sino la excelencia es otro de los factores clave de la nueva orientación, que ya va produciendo expresiones concretas, como en grandes empresas japonesas y escandinavas, que están emprendiendo caminos impensados hace un lustro*.

Desde una perspectiva amplia, los grandes cambios ocurridos en las últimas décadas en el mundo parecen indicar que nos encontramos en medio de un largo período en donde se está produciendo un sinnúmero de modificaciones en nuestro entorno, de carácter profundo y todavía insondable. Quizás muchos aún no lo perciban, precisamente porque pareciera que nos encontramos en algún punto intermedio de esta transformación. Sin embargo, diversos científicos y analistas sociales empiezan a percibir la lenta declinación de un tipo de vida y la incipiente emergencia de nuevas formas de organización social y económica, que tienden a superar las formas más adversas y retrógradas de nuestra civilización actual, a la que muchos denominan «civilización del egoísmo».

En el último tiempo se han producido, en efecto, grandes cambios, a lo menos en dos ámbitos muy importantes. En primer lugar, en el nivel y en la composición de

la actividad económica mundial, esto es, en el comercio internacional, en la magnitud de la inversión y en la estabilidad y composición del sistema monetario-financiero internacional. Pero también, y en segundo lugar, se han producido grandes evoluciones en el pensamiento económico, en los paradigmas predominantes, en las políticas económicas más recomendadas, así como en los enfoques empresariales, tanto frente a la empresa, como al empleo y a la inversión. En este artículo nos referiremos fundamentalmente al segundo ámbito mencionado.

En las décadas recientes, el desencanto y los fracasos en el campo económico han sido de tal magnitud, que un número cada día mayor de cientistas sociales, políticos, economistas y empresarios han iniciado la búsqueda de fórmulas alternativas, que a diferencia de los paradigmas actuales, se orientan ahora no sólo al crecimiento, sino también hacia un desarrollo más humano. Haremos una síntesis de los nuevos enfoques que han surgido en la búsqueda de este desarrollo de carácter más humano y participativo y, por último, en la sección final, se tratará de resumir las medidas o acciones concretas que las empresas y organizaciones más avanzadas empiezan a aplicar en esta profunda redefinición en marcha en todo el proceso de desarrollo.

El enfoque global adoptado en este trabajo, pretende ser una muy pequeña contribución al planteamiento tantas veces reiterado en los últimos años de su existencia por Raúl Prebisch, en el sentido de «renovar el pensamiento latinoamericano».

Reconsideración de los grandes dogmas

Si se da una mirada de conjunto al panorama latinoamericano de la segunda mitad de la década de los 80, más allá de los enormes problemas y angustias derivados de la profunda crisis económica que la región enfrenta, se observa que, después de un difícil período de dictaduras militares desde principios de los años 70 hasta mediados de los años 80, en la mayoría de los países de América Latina se percibe ahora una revitalización de la democracia como la opción política preferida. Esta revalorización no es casual. Tiene que ver por cierto con el profundo fracaso de los regímenes autoritarios anteriores. Estos pusieron una vez más de manifiesto que no es posible suprimir conflictos mediante el uso permanente de la fuerza, que la economía no la construyen sólo los grupos de más altos ingresos, y que no es posible excluir indefinidamente de la vida de cada nación a una parte importante de los actores sociales y políticos.

En definitiva, durante la década de los 70 un buen número de países sufrió, una vez más, la reimplantación del antiguo modelo ya conocido en América Latina de «dictadura en lo político y libertad en lo económico». En estos años en particular, el antiguo modelo económico neoclásico de carácter ultraliberal, fue presentado en forma remozada y como la expresión más «moderna» del pensamiento económico.

Como era fácil imaginar, la imposición de políticas no sólo desajustadas, sino también por su aplicación dogmática e intransigente, hizo que este «nuevo» enfoque actuara como uno de los principales factores causales de los problemas que surgieron más adelante. En su conjunto, todo esto se tradujo en la más aguda crisis económica experimentada por estos países desde la crisis de los años 30. Sus efectos sobre el empleo, el desarrollo productivo y la inversión, han sido francamente devastadores y todo indica que estos efectos persistirán por un largo período.

En paralelo al fracaso de estas políticas económicas ultraliberales, se ha producido en otro ámbito del arco ideológico, una evidente pérdida de atracción de los denominados «socialismos reales» como un orden políticoeconómico alternativo. A diferencia de la ilusión y atracción generalizada que se dio en la década de los años 60, a partir de Cuba, el momento actual se caracteriza más bien por una visión crítica, tanto de las experiencias ocurridas anteriormente en la Unión Soviética y Europa del Este, como del modelo que ha ofrecido la propia Cuba. Esto ha sido ayudado en el último tiempo por la autocrítica desarrollada por las nuevas autoridades de esos países, las que buscan en forma paulatina llegar a remozar o flexibilizar el burocratizado sistema de mando central.

Esta importante reconsideración de los «socialismos reales», ha conducido a un amplio sector de la izquierda en América Latina, así como también en otras latitudes, a un proceso paulatino y profundo de revisión ideológica que sólo recién comienza, una de cuyas notas más interesantes ha sido la revalorización de la democracia política.

Pero este proceso de revisión y búsqueda no ha afectado sólo a estos dos grandes polos antagónicos del pensamiento político-económico moderno. En el mismo sentido y a nivel del pensamiento económico occidental, llega a su término un largo período de consenso centrado en las formulaciones «keynesianas», las que crecientemente empezaron a predominar en el mundo del pensamiento desarrollista a partir de los años inmediatamente siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Las políticas económicas de carácter anticíclico, largamente probadas en períodos anteriores, en momentos en que el ritmo de actividad disminuía o que la economía ten-

día al estancamiento, enfrentadas en los últimos años en forma creciente al doble fenómeno de inflación y recesión simultáneas (estanflación), dejan ahora de responder adecuadamente.

A su vez, pierde validez el orden económico construido por las grandes potencias después de la Segunda Guerra Mundial, a partir de la reunión de Bretton Woods en 1944, basado en el patrón oro y en una relación estable entre las monedas de las principales economías occidentales. Hoy, el sistema monetario internacional perdió ya hace tiempo su vínculo con el patrón oro, y la relación cambiaria entre las principales monedas, después de una década con grandes oscilaciones entre el dólar y las demás monedas duras, se mantiene ahora sólo en base a acuerdos parciales entre las grandes potencias, los que casi siempre tienen una duración reducida.

América Latina y el cambio de recetas

En el medio latinoamericano, las estrategias en el campo económico se han ido modificando en los últimos años sin un rumbo claro. El proceso de sustitución de importaciones, que empezó a ser aplicado después del devastador impacto de la gran depresión de los años 30, mostró sus primeros signos de agotamiento ya hacia fines de la década de los 50. Desde esos años, y en medio de breves períodos de bonanza, en la mayoría de los países de la región la disyuntiva ha sido: crecimiento con inestabilidad de precios y balanza de pagos, o estancamiento con una inflación menor, pero con un desempleo elevado.

Como una salida, desde mediados de los años 60 se empezaron a abrir paso los primeros intentos de promoción de importaciones, aunque con un sector privado todavía renuente al desarrollo y a la práctica de la equidad, y acostumbrado a la sobreprotección. Este marco, por cierto, contribuyó a prolongar las tendencias anteriores, que hacían descansar en el Estado la mayor parte de la iniciativa y la innovación económica, y que contemplaba sólo muy parcialmente la participación de los trabajadores. Sin embargo, estos primeros intentos exportadores se encontraron con que, en el resto del mundo, se empezaban a aplicar diversas formas de proteccionismo.

Hasta ahora, a fines de los 80, y oscilando de un énfasis a otro, la mayoría de nuestros países vive en medio de una angustiosa búsqueda de caminos alternativos, sin haber logrado hasta aquí afirmarse en una nueva fase de progreso dinámico y persistente.

Existe entonces, en estos años, una generalizada percepción subyacente, muchas veces no comentada, de desaliento y desorientación en el campo económico. Este prolongado deambular entre los principales paradigmas o modelos económicoideológicos provenientes de las grandes potencias, en definitiva, no ha proporcionado las respuestas que nuestros países requieren y ha terminado más bien por demostrar que en economía - tratándose ésta todavía de una ciencia nueva - no existen modelos científicos ni recetas definitivas, que aseguren por anticipado la mayor eficiencia o un resultado social óptimo.

En síntesis, es claro tanto en el ámbito académico como en el de las políticas públicas, que hemos llegado a un momento crucial para el análisis y la práctica económica. Todo parece indicar que nos encontramos al término, en medio de desencantos y frustraciones, de un largo peregrinar entre modelos de distinto signo, que sólo parecen haber tenido en común sus pretensiones totalizantes. Estos vuelcos sucesivos, más que el fruto del pensamiento propio, parecen sólo haber sido el producto de una compra fácil de estos esquemas importados, recomendados siempre desde la potencia imperial por el gobierno de turno o el académico de moda.

En resumen, la pérdida de fuerza inspiradora de los socialismos reales, la disminución de la eficacia de las formulaciones keynesianas y el descrédito de las fórmulas neoclásicas y ultraliberales, que a pesar de su desprestigio siguen aplicándose en la mayoría de nuestros países, señalan más bien el comienzo de una nueva etapa en la que ahora se reivindica un rol económico más trascendente de todos los agentes económicos, que signifique una mayor injerencia o participación en la toma de decisiones. Existe entonces la aspiración de que la nueva economía se base más bien en criterios pragmáticos derivados de las lecciones de la práctica, del estudio del comportamiento real de los distintos agentes económicos, tal como éste se da en «nuestro medio». Así, se empezaría a superar poco a poco la rigidez de los dogmas ideologizados y voluntaristas que han tenido tanta protagónica y adversa presencia en nuestra historia económica en las décadas recientes.

Perpetuación del pasado o una nueva economía

Es claro que ninguna de las formulaciones económicas que se han aplicado hasta la fecha en nuestros países ha servido para promover la democracia, entendida ésta en un sentido amplio, es decir, aplicada no sólo al ámbito político, sino también al ámbito económico y social. Por el contrario, en el contexto latinoamericano de economías capitalistas de carácter periférico, la democracia es mal entendida, constantemente desacreditada y muchas veces los «técnicos» la consideran más bien como

un gran escollo para alcanzar una expansión ágil, moderna y «eficiente» del sistema económico. Así, la situación que enfrenta el sistema democrático en esta realidad dependiente es permanentemente inestable, precaria y amenazadora. En concreto, la experiencia histórica, a lo menos en este siglo, parece indicar en forma reiterada que una de las amenazas más importantes que el sistema democrático tiene es, entre otras, la propia operatoria del sistema económico tradicional y, en particular, el sistema de economía ultraliberal.

En la práctica, aunque los dirigentes políticos y las autoridades de gobierno siempre proclamen lo contrario, es la democracia política la que habitualmente termina restringiéndose ante las limitaciones que va imponiendo el sistema económico. En el mundo real, hasta ahora por lo menos, cada vez que el gobierno o los agentes económicos tratan de expandir o perfeccionar el funcionamiento de la democracia hacia el ámbito económico, los sectores de mayor poder relativo dentro de la sociedad tienden a romper el acuerdo social y a imponer un régimen autoritario en lo político, que restablezca la «libertad» en lo económico. Lo que sucede en definitiva en el funcionamiento real de nuestras incipientes democracias, es que el enfoque de unos cuantos empresarios y tecnócratas - que nadie «elige» - dado su mayor poder relativo, termina prevaleciendo por sobre la proclamada «voluntad popular».

Hoy se hace más claro que en ningún otro período, que nuestros enfoques económicos deben cambiar, en especial frente a las formulaciones más ortodoxas. Aún más, pareciera que debemos empezar a reestudiar, desde el proceso de gestación de las ideas económicas mismas, hasta el ámbito de la operatoria y el desarrollo productivo, pasando por cambios importantes en los procedimientos utilizados en la toma de decisiones económicas. Para esto debe retomarse el proceso de creación propia. El uso constante del pensamiento ajeno, no siempre impuesto, sino también por propia decisión imitativa de nuestras «élites», no ha sido precisamente el camino seguido por las economías que en las últimas décadas han logrado superar el atraso y alcanzar crecimiento con equidad.

Se entiende que la tarea que debe iniciarse no puede ser abordada en forma aislada y que requerirá de muchos intercambios, de un gran consenso y una amplia socialización del conocimiento, antes de que se logre encontrar una nueva formulación más adecuada y eficaz. Se tratará nada menos que de la búsqueda de una economía apta, funcional o pertinente para un sistema democrático real.

En nuestras economías esta búsqueda significará a lo menos un doble problema. Primero, la dificultad misma de enfrentarse con este extraordinario esfuerzo creati-

vo. Pero además, se requerirá de una especial capacidad para que una vez encontrada una alternativa, se tenga la voluntad de seguirla en forma autónoma y con toda la independencia que sea posible.

«Otro» desarrollo

Frente a las consideraciones expuestas anteriormente, existe un consenso mayor del que imaginamos respecto a que, además de encontrarnos en un período de gran inestabilidad económica, estamos en medio de una etapa de gran desorientación teórica, debido a la pérdida de validez y atractivo de los grandes paradigmas que anteriormente encauzaban el análisis económico. En definitiva, la crisis actual del desarrollo es que no hay modelo de desarrollo.

En este estado de cosas, sin embargo, la búsqueda de una alternativa a los enfoques anteriores no puede quedarse sólo en un simple diagnóstico científico de nuestros males. Es decir, no sólo debe dar cuenta del precario estado en que hay que enfrentar los problemas económicos actuales sino, además, avanzar hacia algunos lineamientos básicos recomendables para la acción hacia el futuro. A este respecto, se hace cada vez más claro que no es posible continuar con fórmulas de solución improvisadas, que no son más que el resultado de nuestras urgencias o angustias.

Una primera cuestión, que resulta determinante en la búsqueda de un nuevo enfoque, es que debe realizarse un gran esfuerzo para romper con la inercia, para superar o abandonar el modo de pensar tradicional. El mayor empeño intelectual debe realizarse en tratar de conceptualizar que lo «alternativo» es lo que no está en la teoría convencional, que un «nuevo desarrollo» es un tipo de respuesta que lo formal no puede responder, lo cual debe reforzar el esfuerzo por superar lo convencional.

Por otra parte, el postulado básico en este nuevo enfoque, orientado a buscar un desarrollo alternativo, debe ser que el desarrollo tiene que ver primordialmente con seres humanos y no con objetos. Para esto debe ampliarse el consenso en torno a que el crecimiento, en sí mismo, no es la meta última del quehacer humano, sino es sólo un medio para elevar el bienestar y para lograr el desarrollo del individuo y de la sociedad en su conjunto. Por lo mismo, es lícito preguntarse - con el ánimo de sacar lecciones de las décadas anteriores por qué, a pesar de cerca de cuarenta años de crecimiento y de un fuerte proceso de industrialización antes del período del monetarismo extremo, todavía un buen número de problemas fundamentales de nuestros países se mantuvo con muy poco mejoramiento. Así, por ejemplo, ocurrió

con el subempleo estructural, la marginalidad y la pobreza crítica; continuaron las grandes diferencias en productividad, y aún se agravó el dualismo y la disparidad en el ingreso y la riqueza, que sólo facilitan la práctica del autoritarismo y hacen más difícil alcanzar un medio más humano y equitativo.

Si se concibe el proceso de desarrollo no según los cánones tradicionales, sino de acuerdo al enfoque de Amyrta Sen, esto es, como la expansión de las capacidades de las personas, esta expansión no sólo supondrá que aumente el conjunto de los bienes y servicios disponibles, sino también se dé a toda la población acceso efectivo a esos bienes, mejorando así la distribución, y se aumente e integre a la vida nacional el uso de estas nuevas capacidades, mejorando así la participación.

La expansión de las capacidades y de la calidad de vida supone entonces, por sobre todo, y a partir del extraordinario progreso técnico de las últimas décadas, que hoy permitiría satisfacer la mayor parte de las necesidades de alimentación y vestuario de toda la población, un profundo cambio cualitativo, más que cuantitativo.

La pregunta relevante es entonces: ¿qué determina la expansión de las capacidades y la calidad de vida de las personas?

La calidad de vida dependerá de las posibilidades que tengan las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades fundamentales. Pero en esto no hay que equivocarse. El típico error que se comete en la literatura y el análisis tradicionales acerca de las necesidades humanas, es que no se explícita la diferencia fundamental entre lo que son propiamente necesidades y lo que son satisfactores de esas necesidades. Es indispensable hacer una distinción entre ambos conceptos como, de manera tan interesante, lo han diferenciado y aclarado desde hace más de una década los estudios auspiciados por la Fundación Dag Hammarskjold de Suecia.

Siguiendo este nuevo enfoque, las necesidades humanas deben entenderse como un sistema, es decir, todas las necesidades humanas se interrelacionan e interactúan. Si ellas se desagregan en las necesidades del poseer y las necesidades del ser, se puede proponer el sistema que sigue formado por nueve necesidades humanas fundamentales[1] , a saber: permanencia (o subsistencia), protección, entendimiento, afecto, participación, ocio, creación, identidad y libertad.

[1]Para un tratamiento más detenido de este interesante nuevo enfoque véase Max-Neef, M.A., Mallmann, C. y Aguirre, R.: La Sinergía Humana como Fundamento Etico y Estético del Desarrollo, Fundación Bariloche, Argentina, 1978, y Max-Neef, Manfred: From the Outside Looking In: Experiences in «Barefoot Economics», Dag Hammarskjold Foundation, 1982. Existen también otros trabajos anteriores de Mallmann que pueden considerarse pioneros, sobre todo en la diferenciación entre necesidades y satisfactores.

De esta clasificación se desprende que, por ejemplo la vivienda, la alimentación y el vestuario no deben considerarse como necesidades, sino como satisfactores de la necesidad fundamental de permanencia o subsistencia. En igual forma, la educación, el estudio, la estimulación precoz, la investigación y hasta la meditación son satisfactores de la necesidad de entendimiento. Así también la prevención y los esquemas de salud, los sistemas curativos en general, son satisfactores de la necesidad de protección.

Una cuestión fundamental en este nuevo sistema es la consideración de que «las necesidades humanas fundamentales son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos. Lo que cambia a través del tiempo y de las culturas es la manera o los medios utilizados para la satisfacción de las necesidades». Es posible llegar a afirmar entonces que uno de los aspectos que define a una cultura es su elección de satisfactores. Así, las necesidades humanas fundamentales de un individuo que pertenece a una sociedad consumista serán las mismas que las de una persona que pertenece a una sociedad más democrática y participativa. Lo que cambiará en uno y en otro caso será la elección de la cantidad y calidad de los satisfactores y, a la vez, las posibilidades de tener acceso a los satisfactores requeridos. En un caso, en la economía de los objetos, los satisfactores serán principalmente materiales y cuantitativos. En el otro, se orientarán a todas las dimensiones de la persona con un sentido más propiamente humano.

Cambios que empiezan a producirse

Aplicados a la situación actual, los principios que articulan esta concepción del desarrollo se traducen en una imprescindible reorientación del estilo predominante hoy día. No sólo debe buscarse el máximo crecimiento, sino, además, debe promoverse un aumento sostenido de la equidad; una disminución de la vulnerabilidad ante causas externas y, en especial, la implantación de un nivel creciente de participación para tomar decisiones sobre la orientación, ya sea de la sociedad nacional del medio local o del ambiente de trabajo. Esto último se orienta al desarrollo progresivo de un sistema político y económico democrático, en donde, más allá del sistema representativo actual, la participación de todos los agentes económicos en la toma de decisiones se considere un elemento fundamental del sistema.

A muchos puede parecer que esta nueva concepción está aún muy distante. Sin embargo, el proceso de modernización que se observa en la mayoría de las sociedades más avanzadas es también un modo contemporáneo de cambio social, que lentamente se extiende a todos los continentes. Este proceso supone un crecimiento

económico autosostenido, la plena disponibilidad de los recursos sociales, la libertad y el incremento de la movilidad social y diversas transformaciones en las actitudes. Pero en especial, una sociedad moderna es una sociedad participativa. Además, para adaptar creativamente estilos de vida y modalidades tecnológicas innovadoras es necesario que, en el caso de nuestras sociedades, haya una expresión institucionalizada de los intereses de los diversos grupos, que permita de manera fluida su autorregulación. Por último, es importante recordar a este respecto que la creatividad sólo se desarrolla en mayor profundidad en un medio económico, social y político participativo.

Este nuevo enfoque integrador del desarrollo, que en definitiva corresponde tanto a países industrializados como a los en vías de desarrollo, naturalmente discrepa y se aleja de la idea de desarrollo que se deriva de la economía política neoclásica, que tan hegemónicamente ha prevalecido en los últimos decenios en el escenario económico occidental. Así empieza lentamente a verse reflejado, por ejemplo, en las principales publicaciones económicas, aun del mundo desarrollado, en donde, a la luz de la evidente declinación de la hegemonía económica norteamericana, se ha producido, desde hace varios años, toda una suerte de paulatina revisión de los enfoques empresariales y macroeconómicos predominantes.

Si se revisan, por ejemplo, los más destacados best sellers económicos que empiezan a seguir los principales empresarios del mundo capitalista desarrollado en los últimos cinco años, se observa que existe una reconsideración importante en las recomendaciones relativas a la política empresarial más aconsejable de seguir, la que ahora se orienta de preferencia hacia un nuevo tipo de empresa, más participativa y en un marco de muy distinta concepción al enfoque ortodoxo anterior[2] . Una primera diferencia en este nuevo enfoque, de carácter francamente notable, es la distinta concepción que se establece entre éxito y excelencia. Se reconoce que el éxito es sólo de carácter cuantitativo y la mayoría de las veces de corto plazo, en cambio la excelencia se identifica en mayor medida con el concepto de calidad de vida y es de carácter más estable, ya que su logro se da sólo en el medianolargo plazo.

Una de las principales conclusiones de estos libros que, debe recordarse, se basan en los estudios empíricos de sus autores sobre los estilos de administración que caracterizan a las empresas más innovadoras y con los mejores resultados en el mun-

[2]Entre las publicaciones que en los últimos cinco años han alcanzado récord de ventas y que podrían mencionares como representativas de este nuevo enfoque «más moderno», es posible destacar libros como: En busca de la Excelencia, de Peters, Thomas y Waterman, Robert; Autobiografía, de Iaccoca, Lee; Megatrends, Ten New Directions Transforming Our Lives, de John Naisbitt; Pasión por la Excelencia, de Peters, Thomas; Reinventando la Empresa, de Naisbitt, John, y otras.

do desarrollado, indican un cambio sustantivo en la consideración hacia sus trabajadores. Las investigaciones realizadas han establecido que la empresa innovadora tiende ahora a considerar a la persona como inversión, en reemplazo del enfoque capitalista clásico que considera a la persona como gasto. Es probable que este nuevo enfoque no se haya conseguido fácilmente, ya que como anota Naisbitt en Megatrends, una de las grandes reconsideraciones que enfrentan las empresas más avanzadas es que los nuevos empleados cada vez están considerando menos el sueldo como el aspecto central para decidir si trabajar o no en ellas, fijándose, en cambio, cada vez más en el crecimiento y desarrollo personal que dicho trabajo les ofrece. Neisbitt señala: «Se debe reinventar la empresa, transformándola en un lugar en que los empleados vienen a crecer como personas».

Otra gran conclusión a que llegan estas investigaciones, es que en esta búsqueda de crecimiento y desarrollo personal que se produce en este nuevo tipo de empresa, se ha hecho cada vez más frecuente que las decisiones se adopten en forma colectiva: «Nadie puede decidir por sí solo sobre la vida ajena», destaca Thomas Peters. Así, paulatinamente van quedando sobrepasadas, por obsoletas, las formas autoritarias o verticalistas de decisión individual de la empresa tradicional. Como destaca Naisbitt en Reinventando la Empresa: «Ya no queremos a los gerentes de antes, que eran sólo impartidores de órdenes o controladores de personas».

Otra conclusión que a muchos puede parecer increíble, porque se contrapone centralmente a las prescripciones del enfoque neoclásico del mundo capitalista occidental, es la seguridad en el empleo y el tipo de empleo vitalicio que el sistema de empresas japonesas ha desarrollado, al igual que lo que se observa en algunos países del mundo nórdico. En definitiva, la multifuncionalidad de los empleados, el empleo de por vida y una promoción lenta, basada en la experiencia y el «reconocimiento» de sus compañeros, se opone totalmente con la práctica capitalista de inseguridad en el empleo (que en nuestros países existe más bien como «libertad de despido» para el empresario) y la antigua práctica de alta rotación en la fuerza de trabajo, que se ha dado en las últimas décadas, sobre todo en el mundo de las empresas norteamericanas.

Contrario entonces a todos los paradigmas y teorías del mundo neoclásico, la evidencia de las últimas décadas en las empresas u organizaciones económicas más innovadoras, y que a la vez tienen los mejores resultados en el mundo desarrollado, es concluyente: un sistema de toma de decisiones de carácter participativo es claramente superior al sistema capitalista de corte autoritario verticalista tradicional. Un sistema que promueva la motivación y el desarrollo de las capacidades, ha-

bilidades y la creatividad de las personas, no sólo se opone, sino definitivamente supera al individualismo occidental. La mayor parte de los autores señala a esta nueva forma de organización participativa como uno de los principales factores explicativos de la mayor productividad japonesa, frente al resto del mundo desarrollado. En efecto, la productividad industrial de Japón entre 1960 y 1980, en donde se da sólo una forma intermedia de estas nuevas prácticas empresariales, experimentó un crecimiento promedio anual de 9,3 por ciento en comparación con el 2,7 por ciento alcanzado por Estados Unidos.

En definitiva, a través de estas investigaciones basadas en la práctica, aun en la sociedad capitalista posindustrial se reconoce ampliamente que el capital humano está reemplazando al capital monetario, como recurso estratégico de la empresa.

Consideraciones finales

Como se ha señalado, en medio de grandes inestabilidades y desorientaciones, estamos viviendo un período de profundos cambios, en el que lentamente se empiezan a reconsiderar los grandes dogmas del pasado. Dentro de las tendencias prevalecientes, una de las características principales, que lentamente empieza a perfilarse en los nuevos enfoques del desarrollo y en las organizaciones económicas más innovadoras y modernas del mundo actual, es la consideración por la persona - como centro del desarrollo - y, en consecuencia, en la participación. Esta última, entendida como la expresión, exigencia y búsqueda de corresponsabilidad y solidaridad en la gestión, que atañe a todos y a cada uno en la actividad económica, social o política.

En sociedades tan paternalistas y verticalmente dirigidas como las nuestras hoy día, el concretar una efectiva participación no es algo fácil. Pareciera que todos estamos demasiado acostumbrados a esquemas dirigistas, a un cómodo fatalismo y a diversas formas de dependencias acríticas. A recibirlo todo hecho. O a que todo se haga según el dictado de ciertas cúpulas de poder.

Sin embargo, en forma casi imperceptible, un nuevo enfoque ha venido evolucionando y desarrollándose en medio de la apatía y heterogeneidad de nuestras sociedades. Este nuevo tipo de relacionamiento se caracteriza por un espíritu de servicio y por el respeto a la persona y el entorno en el cual ésta vive y trabaja. Esta aproximación, a diferencia del que predomina en la actual «economía de los objetos», se orienta a rescatar a la persona y los principios que conforman su conducta personal y social, deteriorados por una sociedad materializada para la que sólo pareciera

existir la ética de la conveniencia, del propio provecho, del enriquecimiento a toda costa, del inmediatismo más ciego, egoísta y pragmático.

Si bien su evolución y progreso - como en todo tiempo histórico - no se completará en el corto plazo, las tendencias preliminares que se observan en los más diversos ámbitos apuntan hacia una economía más solidaria, una economía participativa, lo que es, en definitiva, una economía más humana.

*Las opiniones y enfoques resumidos por el autor en este artículo son de carácter personal, y no representan necesariamente el pensamiento de las instituciones a las que está vinculado.

Referencias

*Iaccoca, Lee, AUTOBIOGRAFIA. -

*Max-Neef, M. A.; Mallmann, C.; Aguirre, R., LA SINERGIA HUMANA COMO FUNDAMENTO ETICO Y ESTETICO DEL DESARROLLO. - Argentina, Fundación Bariloche Argentina. 1978; From the Outside Looking.

*Max-Neef, Manfred, EXPERIENCES IN BAREFOOT ECONOMICS. - Dag Hammarskjold Foundation. 1982;

*Naisbitt, John, MEGATRENDS, TEN NEW DIRECTIONS TRANSFORMING OUR LIVES. -

*Naisbitt, John, REINVENTANDO LA EMPRESA. -

*Peters, Thomas; Waterman, Robert, EN BUSCA DE LA EXCELENCIA. -

*Thomas, Peter, PASION POR LA EXCELENCIA. -

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 98 Noviembre- Diciembre 1988, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**